

Á CÁRLOS TERCERO  
EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

SONETO.

No ya sobre dos mundos tu corona  
Afirma su poder y resplandece,  
Ni respetada nuestra armada ofrece  
Al libre viento su volante lona,  
Ni la fama marcial nos galardona,  
Ni el bélico laurel nos engrandece,  
Cuando el bronce español sólo estremece  
La tumba comital de Barcelona (1).  
Y ¿ésta es ¡oh Dios! aquella monarquía  
Que su estandarte tremoló en Otumba,  
En San Quintin, Parténope y Pavía?  
Vélate ¡oh sombra! en tu gloriosa tumba,  
Hoy que al rudo huracan de la anarquía  
El trono de cien reyes se derrumba.

(1) Este soneto fué compuesto el 13 de Diciembre de 1842 cuando las tropas del Gobierno bombardaban á Barcelona.

ÁNGEL DE SAAVEDRA,  
DUQUE DE RIVAS.

UN CASTELLANO LEAL.

I.

«Hola, hidalgos y escuderos  
De mi alcurnia y mi blason,  
Mirad como bien nacidos  
De mi sangre y casa en pro.  
»Esas puertas se defiendan,  
Que no ha de entrar, vive Dios,  
Por ellas quien no estuviese  
Más limpio que lo está el sol.  
»No profane mi palacio  
Un fementido traidor,  
Que contra su rey combate  
Y que á su patria vendió.  
»Pues si él es de reyes primo,  
Primo de reyes soy yo;  
Y Conde de Benavente,  
Si él es Duque de Borbon;  
»Llevándole de ventaja,  
Que nunca jamás manchó  
La traicion mi noble sangre,  
Y haber nacido español.»  
Así atronaba la calle  
Una ya cascada voz,  
Que de un palacio salía,  
Cuya puerta se cerró;  
Y á la que estaba á caballo

Sobre un negro pisador,  
Siendo en su escudo las lises,  
Más bien que timbre, baldon;  
Y de pajes y escuderos  
Llevando un tropel en pos,  
Cubiertos de ricas galas,  
El gran Duque de Borbon;  
El que lidiando en Pavía.  
Más que valiente, feroz,  
Gozóse en ver prisionero  
A su natural señor,  
Y que á Toledo ha venido,  
Ufano de su traicion,  
Para recibir mercedes  
Y ver al Emperador.

II.

En una anchurosa cuadro  
Del alcázar de Toledo,  
Cuyas paredes adornan  
Ricos tapices flamencos,  
Al lado de una gran mesa  
Que cubre de terciopelo  
Napolitano tapete  
Con borlones de oro y flecos;  
Ante un sillón de respaldo,  
Que entre bordado arabesco  
Los timbres de España ostenta  
Y el águila del imperio,  
De pié estaba Carlos quinto,  
Que de España era primero,  
Con gallardo y noble talle,  
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco  
Viste tabardo tudesco;  
De rubias martas orlado,  
Y desabrochado y suelto;  
Dejando ver un justillo  
De raso jalde cubierto,  
Con primorosos bordados  
Y costosos sobrepuestos;  
Y la excelsa y noble insignia  
Del Toison de Oro pendiendo  
De una preciosa cadena  
En la mitad de su pecho.  
Un birrete de velludo  
Con un blanco airon, sujeto  
Por un joyel de diamantes  
Y un antiguo camafeo,  
Descubre por ambos lados,  
Tanta majestad cubriendo,  
Rubio, cual barba y bigote,  
Bien atusado el cabello.  
Apoyado en la cadera  
La potente diestra ha puesto,  
Que aprieta dos guantes de ambar  
Y un primoroso masquero;  
Y con la siniestra halaga  
De un mastin muy corpulento,  
Blanco, y las orejas rubias,  
El ancho y carnosó cuello.  
Con el condestable insigne,  
Apaciguador del reino,  
De los pasados disturbios  
Acaso está discurriendo;  
O del trato que dispone  
Con el rey de Francia preso,  
O de asuntos de Alemania,

**Agitada por Lutero ;  
Cuando un tropel de caballos  
Oye venir á lo léjos,  
Y ante el alcázar pararse,  
Quedando todo en silencio.**

En la antecámara suena  
Rumor impensado luégo ;  
Alzase al fin la mampara  
Y entra el de Borbon soberbio.

Con el semblante de azufre  
Y con los ojos de fuego,  
Bramando de ira y de rabia  
Que enfrena mal el respeto ,

Y con balbuciente lengua  
Y con mal borrado ceño ,  
Acusa al de Benavente  
Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable  
Latió con orgullo el pecho,  
Ufano de la entereza  
De su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura  
Disimular cual discreto ,  
A su noble rostro asoman  
La aprobacion y el contento.

El Emperador un punto  
Quedó indeciso y suspenso ,  
Sin saber que responderle  
Al frances de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza  
Con el proceder violento  
Del Conde de Benavente,  
De altas esperanzas lleno  
Por tener tales vasallos,  
De noble lealtad modelos,

Y con los que el ancho mundo  
Goza á sus glorias estrecho ;  
Mucho al de Borbon le debe,  
Y es fuerza satisfacerlo,  
Le ofrece para calmarlo  
Un desagravio completo ;  
Y llamando á un gentil-hombre,  
Con el semblante severo  
Manda que el de Benavente  
Venga á su presencia presto.

III.

Sostenido por sus pajes  
Desciende de la litera  
El Conde de Benavente  
Del alcázar á la puerta.  
Era un viejo respetable,  
Cuerpo enjuto, cara seca,  
Con dos ojos como chispas,  
Cargados de largas cejas ;  
Y con semblante muy noble,  
Mas de gravedad tan seria,  
Que veneracion de léjos  
Y miedo causa de cerca.

Eran su traje unas calzas  
De púrpura de Valencia,  
Y de recamado ante  
Un colete á la leonesa.  
De fino lienzo gallego  
Los puños y la gorguera,  
Unos y otra guarnecidos  
Con randas barcelonesas.  
Un birrete de velludo

Con su cintillo de perlas,  
Y el gaban de paño verde  
Con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava  
La insignia española lleva,  
Que el Toison ha despreciado  
Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme  
Sube por las escaleras,  
Y al verle, las alabardas  
Un golpe dan en la tierra:

Golpe de honor y de aviso  
De que en el alcázar entra  
Un grande, á quien se le debe  
Todo honor y reverencia.

Al llegar á la antesala,  
Los pajes que están en ella  
Con respeto le saludan  
Abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el Conde,  
Sin que otro aviso preceda,  
Salones atravesando,  
Hasta la cámara régia.

Pensativo está el monarca  
Discurriendo cómo pueda  
Componer aquel disturbio  
Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbon le debe  
Aun mucho más de él espera,  
Y al de Benavente mucho  
Considerar le interesa.

Dilacion no admite el caso,  
No hay quien dar consejo pueda,  
Y Villalar y Pavía  
A un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado,  
Y el codo sobre la mesa,  
Al personaje recibe,  
Que comedido se acerca.

Grave el Conde lo saluda  
Con una rodilla en tierra,  
Mas, como grande del reino,  
Sin descubrir la cabeza.

El Emperador, benigno,  
Que alce del suelo le ordena,  
Y la plática difícil  
Con sagacidad empieza.

Y entre sereno y afable  
Al cabo le manifiesta,  
Que es el que á Borbon aloje  
Voluntad suya resuelta.—

Con respeto muy profundo,  
Pero con la voz entera,  
Respóndele Benavente  
Destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,  
Vos sois mi rey en la tierra;  
A vos ordenar os cumple  
De mi vida y de mi hacienda.

»Vuestro soy, vuestra mi casa,  
De mí disponed y de ella,  
Pero no toqueis mi honra  
Y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbon ocupe  
Puesto que es voluntad vuestra,  
Contamine sus paredes,  
Sus blasones envilezca;

»Que á mí me sobra en Toledo,  
Donde vivir, sin que tenga  
Que rozarme con traidores

Cuyo sólo aliento infesta.  
»Y en cuanto él deje mi casa,  
Antes de tornar yo á ella,  
Purificaré con fuego  
Sus paredes y sus puertas.»  
Dijo el Conde, la real mano  
Besó, cubrió su cabeza,  
Y retiróse bajando  
A do estaba su litera.  
Y á casa de un su pariente  
Mandó que lo condujeran,  
Abandonando la suya  
Con cuanto dentro se encierra.  
Quedó absorto Cárlos quinto  
De ver tan noble firmeza,  
Estimando la de España  
Más que la imperial diadema.

IV.

Muy pocos dias el Duque  
Hizo mansion en Toledo,  
Del noble Conde ocupando  
Los honrados aposentos.  
Y la noche en que el palacio  
Dejó vacío, partiendo  
Con su séquito y sus pajes  
Orgullosos y satisfechos,  
Turbó la apacible luna  
Un vapor blanco y espeso,  
Que de las altas techumbres  
Se iba elevando y creciendo.  
A poco rato tornóse  
En humo confuso y denso,

Que en nubarrones oscuros  
Ofuscaba el claro cielo;  
Después en ardientes chispas,  
Y en un resplandor horrendo  
Que iluminaba las calles  
Dando en el Tajo reflejos,  
Y al fin su furor mostrando  
En embravecido incendio  
Que devoraba altas torres  
Y derrumbaba altos techos.  
Resonaron las campanas,  
Conmovióse todo el pueblo,  
De Benavente el palacio  
Presa de las llamas viendo.  
El Emperador, confuso,  
Corre á procurar remedio,  
En atajar tanto daño  
Mostrando tenaz empeño.  
En vano todo; tragóse  
Tantas riquezas el fuego,  
A la lealtad castellana  
Levantando un monumento.  
Aun hoy unos viejos muros  
Del humo y las llamas negros,  
Recuerdan acción tan grande  
En la famosa Toledo.

## JAVIER DE BÚRGOS.

### Á LOS PROGRESOS DE LA INDUSTRIA.

Rindió en incultas bárbaras naciones  
El mortal prosternado  
Con razon cultos á Minerva y Céres,  
Que una inventó el telar y otra el arado.  
Roto por él, sus dones  
Y de dulce abundancia los placeres  
Prodigó el ántes yermo y triste suelo  
Al humana! anhelo.  
El silvestre madroño  
Huyó y la jara del ribazo umbrío,  
Que cubrió de racimos el otoño  
O coronó de mieses el estío.

Minerva, en tanto, por divino juicio,  
Las pieles de leones  
Por la lana trocó, que tejió grata.  
En telas trocó el arte los vellones  
Que el múrice fenicio  
Vino á teñir de espléndida escarlata.  
Cundieron luégo por el mundo bajo  
Los bienes del trabajo.  
Más cómoda guarida  
Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra;  
Encantos nuevos encontró la vida,  
Y sus furoros mitigó la guerra.  
No, pues, hoy temas que á civil pelea,  
Á sacrilegas lides,

De nuevo incite la discordia brava.  
La altiva industria, sí, mejor Alcides  
Que el que la hidra Lerneá  
Postró al blandir de la potente clava;  
Mejor Belerofonte que el que hiriera  
A la crüel Quimera,  
El aliento en las fauces  
Sofocará del presumir liviano,  
Y raudales de bien por anchos cauces  
Harán que corran por el suelo hispano.  
Sí, correrán; que la comun ventura  
Al iluso, al malvado  
Desarma, que á la patria herir amaga,  
Mientras se finge su leal soldado.  
De la anarquía impura  
Jamás se alista en la cohorte aciaga  
El que en trabajos útiles se engrie.  
Mientras de la paz rie  
La aurora refulgente,  
Entre los campos que la esteva anima,  
El viejo Pan la venerable frente  
Orlada encumbra de la miés opima.  
En mil canales por su ardiente tierra  
Ruede sus ondas puras  
El ancho Bétis; riegue el turbio Duero  
De Castilla las áridas llanuras;  
De la empinada sierra  
Del Segre bullidor corra el venero  
Del Urgel á las fértiles regiones.  
De recios aquilones  
Libre y rudos ataques,  
Vuele entre velas la segura proa  
Del Cantábrico mar á los Alfaques,  
De la imperial Toledo hasta Lisboa.  
Dar cima á tan magníficos portentos

Las ciencias pueden sólo.  
Las ciencias, pues, como fanales brillen,  
Sin que calumnia, error, envidia ó dolo  
Los altos pensamientos  
Del sabio turben ni su honor mancillen.  
De la felicidad guía á la cumbre  
De las ciencias la lumbre.  
Bajo el humilde techo  
Ellas groseros hábitos suavizan,  
Aliento dan al generoso pecho,  
De los pueblos la gloria immortalizan.  
A par las artes, de su luz guiadas,  
Decoren á porfía  
De la sagrada Témis los palacios,  
Las mansiones augustas de Sofía.  
Las alas desplegadas,  
Cual águila caudal que á los espacios  
Se alza rauda del éter radiante,  
El genio se levante.  
Los pinceles hispanos  
Al lado brillen del pincel de Apéles;  
Emulen sus cinceles soberanos  
Al divino cincel de Praxitéles.  
En el felice porvenir gozaos,  
Que á nuestra industria mira  
Correr tras la del Támesis y el Sena,  
Del Chino activo y hábil Cachemira.  
Las españoles naos,  
Ondeando el gallardete en la alta entena,  
Veo ya hendiendo la cerúlea onda;  
De la rica Golconda,  
Del rival con enojo,  
Los diamantes cargar, y cuantas cria  
Perlas Ormuz, aromas el mar Rojo,  
Y Ceilan perfumada especería.

Mas cuanto Industria y Paz brinden ahora  
De vida y de riqueza,  
Tanto amenazan de orfandad y males  
Discordia atroz ó mísera Pereza.  
De Calpe á do la aurora,  
De la noche eclipsando los fanales,  
En nácar y arrebol inunda el cielo;  
Del alcázar de hielo,  
Do su manida tiene  
El rudo Bóreas, al opuesto polo,  
De Paz ó Industria la alabanza suene:  
El cántico entonad, hijos de Apolo.

---

## MANUEL DE CABANYES.

---

### LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA.

Como una casta ruborosa vírgen  
Se alza mi musa, y tímida las cuerdas  
Pulsando de su arpa solitaria,  
Suelta la voz del canto.  
¡Léjos, profanas gentes! No su acento  
Del placer muelle, corruptor del alma,  
En ritmo cadencioso hará suave  
La funesta ponzoña.  
¡Léjos, esclavos, léjos! no sus gracias  
Cual vuestro honor traficarse y se venden;

No sangri-salpicados techos de oro  
Resonarán sus versos.  
En pobre independencia, ni las iras  
De los verdugos del pensar la espantan  
De sierva á fuer; ni, meretriz impura,  
Vil metal la corrompe.  
Fiera como los montes de su patria,  
Galas desecha que maldad cobijan:  
Las cumbres vaga en desnudez honesta;  
Mas ¡guay de quien la ultrajel  
Sobre sus cantos la expresion del alma  
Vuela sin arte: números sonoros  
Desdeña y rima acorde; son sus versos  
Cual su espíritu libres.  
Duros son; más son fuertes, son hidalgos  
Cual la espada del bueno: y nunca, nunca  
Tu noble faz con el rubor de oprobio  
Cubrirán, madre España,  
Cual del cisne de Ofanto los cantares  
A la reina del mundo avergonzaron,  
De su opresor con el infame elogio  
Sus cuitas acreciendo.  
¡Hijo cruel, cantor ingrato! El cielo  
Le dió una lira mágica y el arte  
De arrebatár á su placer las almas  
Y arder los corazones;  
Le dió á los héroes celebrar mortales  
Y á las deidades del Olimpo..... El eco  
Del Capitolio altivo áun los nombres  
Que él despertó tornaba.

A.....

Perdon, celeste Virgen,  
Si á tus honestos labios  
Arrebaté de amor costoso un sí;  
Si á tu inocente pecho,  
Si á tus sueños tranquilos  
Turbé la calma plácida, perdon.  
Yo te adoré, y un ara  
De purísimo culto  
En el seno del alma te erigí:  
Que ni mi ardiente boca,  
Ni mis ojos de fuego,  
Ni un pensamiento vago profanó.  
¡Yo te adoré á tí sola!  
Y ledo ya tejía  
Nupcial corona para orlar tu sien;  
Mas de repente en punzas,  
En punzas venenosas  
Vi tornarse en mis manos ruda flor.  
¡Léjos, fatal guirnalda!  
De la dicha renunció,  
Si al bien que adoro llanto ha de costar:  
De mi dolor el cáliz  
Apuraré yo sólo:  
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.  
¡Sé tú feliz!.... Del pecho  
La infausta imágen borra  
De quien más que amador tu amigo fué,  
Y en urna funeraria  
La triste llama ahoga,  
Llama primera que en tu seno ardió.  
Sin una pobre choza,  
Sin un árbol antiguo  
A cuya sombra el cuerpo adormecer,



Yo arrastraré mi vida,  
Como torrente inútil  
Entre jaras y breñas corre al mar.  
Mas solitario, errante  
Entre agitadas olas,  
So el templo santo, en desesperada lid,  
¡Oh Virgen! donde quiera  
Al ánima afligida  
Dulzura tus memorias llevarán.  
Y cuando al fin mi espíritu  
Las odiadas cadenas  
Rompa que le atan al arcilla vil,  
Y sus alas despliegue,  
Y á volar se aperciba  
A la eterna mansion del Sumo Bien;  
¡Angel mio! en los coros  
Yo esperaré encontrarte  
Que himnos santos entonan al Señor;  
Y á tan plácida idea  
Sobre el muriente labio  
Sonrisa celestial florecerá.

### SONETO.

¡Ves, Gil, un hombronazo allí sentado,  
De faz profana, en sayo penitente,  
Tragar la torta y chocolate ardiente  
Que la devota Flor le ha presentado?  
Mirale bien: el egoismo ha hinchado  
Su panza; estolidez hundió su frente,  
Y afectos torpes arden la imprudente  
Llama de su mirar: ese es Conrado.  
Nueve horas largas á la paz dedica

De un sueño estrepitoso; cinco yanta;  
Cuatro en el seno de hembra corrompida  
Se revuelca; y moral que no practica,  
Con bronca voz las otras seis decanta:  
¡Qué piadoso varon! ¡Qué santa vida!

## JOSÉ DE ESPRONCEDA.

### AL SOL.

#### HIMNO.

Pára y oyéme ¡oh sol! yo te saludo  
Y estático ante tí me atrevo á hablarte:  
Ardiente como tú mi fantasía,  
Arrebatada en ánsia de admirarte,  
Intrépidas á tí sus alas guía.  
¡Ojalá que mi acento poderoso,  
Sublime resonando,  
Del trueno pavoroso  
La temerosa voz sobrepujando,  
¡Oh sol! á tí llegára  
Y en medio de tu curso te parára!  
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,  
Diera también su ardor á mis sentidos,  
Al rayo vencedor que los deslumbrara,  
Los anhelantes ojos alzaría,  
Y en tu semblante fúlgido atrevidos

Mirando sin cesar, los fijaria.  
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!  
¡Con qué sencillo anhelo,  
Siendo niño inocente,  
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,  
Y estático te via,  
Y en contemplar tu luz me embebecia!  
De los dorados límites de Oriente  
Que ciñe el rico en perlas Océano,  
Al término sombroso de Occidente,  
Las orlas de tu ardiente vestidura  
Tiendes en pompa, augusto soberano,  
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.  
Vívido lanzas de tu frente el día,  
Y, alma y vida del mundo,  
Tu disco en paz majestuoso envia  
Plácido ardor fecundo,  
Y te elevas triunfante,  
Corona de los orbes centellante.  
Tranquilo subes del cenit dorado  
Al regio trono en la mitad del cielo,  
De vivas llamas y esplendor ornado,  
Y reprimes tu vuelo:  
Y desde allí tu fúlgida carrera  
Rápido precipitas,  
Y tu rica encendida cabellera  
En el seno del mar trémula agitas,  
Y tu esplendor se oculta,  
Y el ya pasado día  
Con otros mil la eternidad sepulta.  
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto  
En su abismo insondable desplomarse!  
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío  
De imperios populosos disiparse!  
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío

Secas y leves hojas desprendidas,  
Que en círculos se mecen,  
Y al furor de Aquilon desaparecen.  
Libre tú de tu cólera divina,  
Viste anegarse el universo entero,  
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,  
Impelidas del brazo justiciero  
Y á mares por los vientos despeñadas,  
Bramó la tempestad; retumbó en torno  
El ronco trueno y con temblor crujieron  
Los ejes de diamante de la tierra;  
Montes y campos fueron  
Alborotado mar, tumba del hombre.  
Se estremeció el profundo;  
Y entónces tú, como señor del mundo,  
Sobre la tempestad tu trono alzabas,  
Vestido de tinieblas,  
Y tu faz engreías,  
Y á otros mundos en paz resplandecias.  
Y otra vez nuevos siglos  
Viste llegar, huir, desvanecerse  
En remolino eterno, cual las olas  
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,  
Y tornan otra vez á sacerderse;  
Mientras inmutable tú, solo y radiante  
¡Oh sol! siempre te elevas,  
Y edades mil y mil huellas triunfante.  
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,  
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera  
Pierda su resplandor, siempre incansable,  
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,  
Hundirse las edades contemplando,  
Y solo, eterno, perennal, sublime,  
Monarca poderoso, dominando?  
No; que también la muerte,

Si de léjos te sigue,  
No ménos anhelante te persigue.  
¡Quién sabe si tal vez pobre destello  
Eres tú de otro sol que otro universo  
Mayor que el nuestro un dia  
Con doble resplandor esclarecia!!!  
Goza tu juventud y tu hermosura,  
¡Oh sol! que cuando el pavoroso dia  
Llegue que el orbe estalle y se desprenda  
De la potente mano  
Del Padre soberano,  
Y allá á la eternidad tambien descienda,  
Deshecho en mil pedazos, destrozado,  
Y en piélagos de fuego  
Envuelto para siempre y sepultado,  
De cien tormentas al horrible estruendo  
En tinieblas sin fin tu llama pura  
Entónces morirá : noche sombría  
Cubrirá eterna la celeste cumbre :  
Ni aún quedará reliquia de tu lumbre!!!

EL CANTO DEL COSACO.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botín :  
Sangrienta charca sus campiñas sean,  
De los grajos su ejército festín.

¡Hurra! ¡á caballo, hijos de la niebla!  
Suelta la rienda, á combatir volad :  
¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla  
Gente opulenta, afeminada ya.  
Casas, palacios, campos y jardines,

Todo es hermoso y refulgente allí :  
Son sus hembras celestes serafines ;  
Su sol alumbra un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

Nuestros sean su oro y sus placeres :  
Gocemos de ese campo y ese sol ;  
Son sus soldados ménos que mujeres,  
Sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro ;  
Vedlos cobardes lágrimas verter.....

¡Hurra! volad : sus cuerpos, su tesoro  
Huellen nuestros caballos con sus piés

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

Dictará allí nuestro capricho leyes,  
Nuestras casas alcázares serán,  
Los cetos y coronas de los reyes  
Cual jugetes de niños rodarán.

¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos :  
Las más hermosas nos darán su amor,  
Y no hallarán nuestros semblantes feos,  
Que siempre brilla hermoso el vencedor.

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

Desgarrarémos la vencida Europa,  
Cual tigres que devoran su racion ;  
En sangre empaparémos nuestra ropa  
Cual rojo manto de imperial señor.

Nuestros nobles caballos relinchando  
Régias habitaciones morarán ;  
Cien esclavos, sus frentes inclinando,  
Al mover nuestros ojos temblarán.

¡Hurra, cosacos del desierto!.....

Venid, volad, guerreros al desierto  
Como nubes en negra confusion,  
Todos suelto el bridon, el ojo incierto,  
Todos atropellándoos en monton.

Id en la espesa niebla confundidos,  
Cual tromba que arrebató el huracán,  
Cual témpanos de hielo endurecidos  
Por entre rocas despeñados van.

*¡Hurra, cosacos del desierto!.....*

Nuestros padres un tiempo caminaron  
Hasta llegar á una imperial ciudad;  
Un sol más puro es fama que encontraron,  
Y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tíbre sus bridones,  
Yerta á sus piés la tierra enmudeció;  
Su sueño con fantásticas canciones  
La fada de los triunfos arrulló.

*¡Hurra, cosacos del desierto!.....*

¿Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,  
Hambrienta, en vuestras manos, de matar?  
¿No veis entre la niebla aparecerse  
Visiones mil que el parabien nos dan?  
Escudo de esas miserables naciones

Era ese muro que abatido fué;  
La gloria de Polonia y sus blasones  
En humo y sangre convertidos ved.

*¡Hurra, cosacos del desierto!.....*

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?  
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?  
¿Quién puso fin á sus gloriosos días?  
¿Quién en su propia sangre los ahogó?  
*¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!*

Esos hombres de Europa nos verán:  
*¡Hurra!* nuestros caballos en su frente  
Hondas sus herraduras marcarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto!.....*

A cada bote de la lanza ruda,  
A cada escape en la abrasada lid,  
La sangrienta ración de carne cruda

Bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá despues en templos suntuosos,  
Sirviéndonos de mesa algun altar,  
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,  
Hurtará nuestra hambre blanco pan.

*¡Hurra, cosacos del desierto!.....*

Y nuestras madres nos verán triunfantes,  
Y á esa caduca Europa á nuestros piés,  
Y acudirán de gozo palpitantes,  
En cada hijo á contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,  
Las coronas de Europa heredarán,  
Y á conquistar tambien otras regiones  
El caballo y la lanza aprestarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!*

*La Europa os brinda espléndido botín;  
Sangrienta charca sus campiñas sean,  
De los grajos su ejército festin.*

#### A LA PATRIA.

#### ELEGÍA.

¡Cuán solitaria la nación que un día  
Poblára inmensa gente!  
¡La nación cuyo imperio se extendía  
Del Ocaso al Oriente!

Lágrimas viertes, infeliz, ahora,  
Soberana del mundo,  
¡Y nadie de tu faz encantadora  
Borra el dolor profundo!  
Oscuridad y luto tenebroso  
En tí vertió la muerte,

Y en su furor el déspota sañoso  
Se complació en tu suerte.  
No perdonó lo hermoso, patria mia ;  
Cayó el jóven guerrero,  
Cayó el anciano, y la segur impía  
Manejó placentero.

So la rabia cayó la vírgen pura  
Del déspota sombrío,  
Como eclipsa la rosa su hermosura  
En el sol del estío.

¡ Oh vosotros del mundo habitadores !  
Contemplad mi tormento :  
¿ Igualarse podrán ¡ ah ! qué dolores  
Al dolor que yo siento ?

Yo, desterrado de la patria mia ,  
De una patria que adoro,  
Perdida miro su primer valía ,  
Y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatal tirano  
Sus hijos han perdido,  
Y en campo de dolor su fértil llano  
Tienen ¡ ay ! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,  
Sus hijos implorando ;  
Sus hijos fueron ; mas traidora saña  
Desbarató su bando.

¿ Qué se hicieron tus muros torreados,  
Oh mi patria querida ?  
¿ Dónde fueron tus héroes esforzados,  
Tu espada no vencida ?

¡ Ay ! de tus hijos en la humilde frente  
Está el rubor grabado :  
A sus ojos caidos tristemente  
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué ; cien héroes fueron

En tiempos de ventura,  
Y las naciones tímidas la vieron  
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Libano se ostenta,  
Su frente se elevaba ;  
Como el trueno á la vírgen amedrenta,  
Su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,  
Yaces desamparada,  
Y el justo desgraciado vaga incierto  
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío  
Pobre hierba y arena,  
Y el enemigo que tembló á su brío  
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera  
Y dadla al vago viento ;  
Acompañad con arpa lastimera  
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡ oh Dios ! de nuestros lares,  
Lloremos duelo tanto ;  
¿ Quién calmará ¡ oh España ! tus pesares ?  
¿ Quién secará tu llanto ?

#### EL DOS DE MAYO.

¡ Oh ! Es el pueblo ! Es el pueblo ! Cual las olas  
Del hondo mar alborotado brama ;  
Las esplendentes glorias españolas,  
Su antigua prez, su independencia clama.

Hombres, mujeres, vuelan al combate,  
El volcan de sus iras estalló :

Sin armas van, pero en sus pechos late  
Un corazon colérico español.  
La frente coronada de laureles,  
Con el botin de la vencida Europa,  
Con sangre hasta las cinchas los corceles,  
En cien campañas veterana tropa;  
Los que al rápido Volga ensangrentaron,  
Los que humillaron á sus piés naciones,  
Y sobre las pirámides pasaron  
Al galope veloz de sus bridones;  
A eterna lucha, á sin igual batalla  
Madrid provoca en su encendida ira:  
Su pueblo inerme allí entre la metralla  
Y entre los sables reluchando gira.  
Graba en su frente luminosa huella  
La lumbre que destella el corazon;  
Y á parar con sus pechos se atropella  
El rayo del mortífero cañon.  
¡Oh de sangre y valor glorioso dia!  
Mis padres cuando niño me contaron  
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia,  
Santo recuerdo de virtud, quedaron.  
Entónces, indignados me decian,  
Cayó el cetro español pedazos hecho;  
Por precio vil á extraños nos vendian  
Desde el de Carlos profanado lecho,  
La córte del monarca disoluta,  
Prosternada á las plantas de un privado,  
Sobre el seno de impura prostituta  
Al trono de los reyes ensalzado.  
Sobre coronas, tronos y tiaras,  
Su orgullo sólo y su capricho ley,  
Hordas de sangre y de conquista avaras,  
Cada soldado un absoluto rey,  
Fijo en España el ojo centellante,

El Pirene á salvar pronto el bridon,  
Al rey de reyes, al audaz gigante  
Ciegos ensalzan, siguen en monton.  
Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto,  
Los de espíritu flaco y alta cuna?  
Derramar como hembras débil llanto  
O adular bajamente á la fortuna.  
Buscar tras la extranjera bayoneta  
Seguro á vuestras vidas y muralla,  
Y siervos viles á la plebe inquieta  
Con baja lengua apellidar *canalla*.  
¡*Canalla!* si, vosotros los traidores,  
Los que negais al entusiasmo ardiente  
Su gloria, y nunca visteis los fulgores  
Con que ilumina la inspirada frente!  
¡*Canalla!* si, los que en la lid, alarde  
Hicieron de su infame villanía,  
Disfrazando su espíritu cobarde  
Con la sana razon segura y fria!  
¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto  
Arrojó el grito de venganza y guerra,  
Y arrebatada en su entusiasmo santo  
Quebrantó las cadenas de la tierra.  
Del cetro de sus reyes los pedazos  
Del suelo ensangrentados recogia,  
Y un nuevo trono en sus robustos brazos  
Levantando á su príncipe ofrecia.  
Brilla el puñal en la irritada mano,  
Huye el cobarde y el traidor se esconde;  
Truena el cañon y el grito castellano  
De *Independencia* y *Libertad* responde.  
¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!  
Sonó la hora y la venganza espera;  
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes  
De sangre de Bailén y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,  
Alzad con ellos el radiante vuelo,  
Y á los de Zaragoza alta corona  
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.  
Mas ¡ay! ¿por qué cuando los ojos brotar  
Lágrimas de entusiasmo y alegría,  
Y el alma atropellados alborotan  
Tantos recuerdos de honra y valentía,  
Negra nube en el alma se levanta  
Que turba y oscurece los sentidos,  
Fiero dolor el corazón quebranta  
Y se ahoga la voz entre gemidos?  
¡Oh! levantad la frente carcomida,  
Mártires de la gloria,  
Que aún arde en ella con eterna vida  
La luz de la vitoria!  
¡Oh! levantadla del eterno sueño  
Y con los huecos de los ojos fijos,  
Contemplad una vez con torvo ceño  
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!  
Quizá en vosotros, donde el fuego arde  
Del castellano honor, aún sobre vida  
Para alentar el corazón cobarde  
Y abrasar esta tierra envilecida.  
¡Ay! ¿cuál fué el galardón de vuestro celo,  
De tanta sangre y bárbaro quebranto,  
De tan heroica lucha y tanto anhelo,  
Tanta virtud y sacrificio tanto?  
El trono que erigió vuestra bravura  
Sobre huesos de héroes levantado,  
Un rey ingrato de memoria impura  
Con eterno baldon dejó manchado.  
¡Ay! para hollar la libertad sagrada  
El príncipe, borron de nuestra historia,  
Llamó en su auxilio la francesa espada

Que segase el laurel de vuestra gloria.  
Y vuestros hijos de la muerte huyeron  
Y esa sagrada tumba abandonaron,  
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron  
Y hollarla á los franceses les dejaron.  
Como la mar tempestuosa ruge,  
La losa al choque de los cráneos duros  
Tronó y se alzó con indignado empuje  
Del galo audaz bajo los pies impuros.  
Y aún hoy hélos allí que su semblanto  
Con hipócrita máscara cubrieron,  
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,  
Ambos brazos imbéciles tendieron.  
La vil palabra ¡intervencion! gritaron,  
Y del rey mercader la reclamaban;  
De vuestros timbres sin honor mofaron,  
Mientras en su impudor se encenagaban.  
Hoy esa raza degradada, espuria,  
Pobre nación, que esclavizarte anhela,  
Busca también por renovar tu injuria  
De extranjeros monarcas la tutela.  
Tumba vosotros sois de nuestra gloria,  
De la antigua hidalguía,  
Del castellano honor, que en la memoria  
Sólo nos queda hoy día.  
Verted juntando las dolientes manos  
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;  
Mares de eterno llanto, castellanos,  
No bastan á borrar vuestra mancilla.  
Llorad como mujeres; vuestra lengua  
No osa lanzar el grito de venganza;  
Apáticos vivís en tanta mengua,  
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.  
¡Oh! en el dolor eterno que me inspira  
El pueblo en torno avergonzado calle,

Y estallando las cuerdas de mi lira  
Roto tambien mi corazon estalle.

A LA MUERTE

DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí : junto á la mar bravía  
Cadáveres están ¡ay! los que fueron  
Honra del libre, y con su muerte dieron  
Almas al cielo, á España nombradía.  
Ansia de patria y libertad henchia  
Sus nobles pechos que jamas temieron,  
Y las costas de Málaga los vieron  
Cual sol de gloria en desdichado día.  
Españoles, llorad ; mas vuestro llanto  
Lágrimas de dolor y sangre sean,  
Sangre que ahogue á siervos y opresores,  
Y los viles tiranos con espanto  
Siempre delante amenazando vean  
Alzarse sus espectros vengadores.

FRANCISCO ZEA.

INSPIRACION.

Dijo el incendio á la tormenta un día :  
« Sígueme por doquiera ;  
Yo iré soltando en la extension vacía  
Mi roja cabellera.  
Tiemble ese mundo ; en mis robustos hombros  
Se asentará el infierno ;  
Tiemble el olimpo ; ascenderé entre asombros  
Al trono del Eterno !  
Será mi manto su brillante alfombra,  
Su asiento mi ancha llama,  
Y su dosel mi pabellon de sombra  
Que el viento desparrama.  
Abarcaré el empireo, omnipotente,  
Con mis tremendos brazos ;  
Escararé el alcázar esplendente ;  
Su cumbre haré pedazos.  
Llamaré al aquilon ; sobre sus alas  
Paseando el firmamento,  
Del áureo campo las inmensas salas  
Inundaré violento.  
Y á la sangrienta luz de cien volcanes  
Me agitaré bramando .....  
El rayo irá ante mí ; los huracanes  
Retumbarán soplando.  
¿ Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube